

Creemos, Anunciamos, Servimos

Una Iglesia en camino,
testigo del Señor resucitado



Carta pastoral del Obispo de Getafe
Mons. Ginés García Beltrán



Creemos, Anunciamos, Servimos

Una Iglesia en camino,
testigo del Señor resucitado

Índice

- P. 5** | **Introducción.**
Un nuevo curso, una nueva gracia.
- P. 9** | **Capítulo I. “Creemos”.**
El credo de Nicea, 1700 años después.
- P. 10** | 1. El Concilio de Nicea: Un acontecimiento antiguo con resonancias actuales.
- P. 10** | 2. Nicea y la necesidad de claridad en la fe.
- P. 11** | 3. Un Concilio para la comunión.
- P. 11** | 4. El Credo como palabra viva: no solo lo que creemos, sino en quién creemos.
- P. 12** | 5. Unidad: el “Creemos” como acto de comunión.
- P. 13** | 6. Verdad: firmeza en medio de la ambigüedad.
- P. 13** | 7. Belleza: el Credo como liturgia del corazón.
- P. 14** | 8. Oración, catequesis y testimonio: tres rostros del mismo misterio.
- P. 14** | 9. Nicea y la centralidad del misterio trinitario.
- P. 15** | 10. La actualidad profética del Credo.
- P. 17** | **Capítulo II. “Anunciamos”.**
***Evangelii nuntiandi*, 50 años después.**
- P. 18** | 1. Relectura del texto profético de *Evangelii nuntiandi*.
- P. 18** | 2. La Iglesia existe para evangelizar: testimonio, anuncio, comunión y servicio.
- P. 19** | 3. Desafíos actuales: secularización, indiferencia, nuevas culturas urbanas.
- P. 20** | 4. Llamada a una evangelización inculturada, alegre y valiente.
- P. 21** | 5. El espíritu de la evangelización.
- P. 23** | “¡Ay de mí si no evangelizo!”



P. 25 **Capítulo III. “Servimos”:
El nuevo Plan de Evangelización Diocesano (2025-2029).**

- P. 26** 1. La comunión al servicio de la misión y la caridad.
- P. 28** 2. La comunión misionera en una Iglesia sinodal.
- P. 29** 3. Al servicio de los más pobres.
- P. 29** 4. Algunos temas de especial relevancia para la pastoral de nuestra Iglesia.
 - P. 29** 4.1. El primer anuncio: volver al corazón del Evangelio.
 - P. 30** 4.2. El acompañamiento: caminar con las personas.
- P. 31** 5. Todos implicados: parroquias, movimientos, familias, jóvenes.

P. 33 **Capítulo IV. Hablar de Dios hoy:
entre el silencio y la sed.**

- P. 34** 1. Una cultura que ha olvidado su nombre.
- P. 35** 2. Hablar de Dios desde la cercanía.
- P. 35** 3. Un lenguaje que conecte.
- P. 36** 4. Comunidades que inspiran.
- P. 36** 5. Evangelizar desde la belleza.
- P. 37** 6. El Espíritu sigue soplando.
- P. 38** 7. Entre el silencio y la sed.

P. 39 **Conclusión.**

- P. 39** 1. En una Iglesia sinodal.
- P. 41** 2. Invitación a vivir el curso en esperanza.
- P. 42** 3. Llamada a la oración, la formación y la misión.
 - P. 42** 3.1. La oración: fuente de comunión y discernimiento.
 - P. 43** 3.2. La formación: camino de madurez y participación.
 - P. 43** 3.3. La misión: expresión de la sinodalidad en salida.





Introducción

Un nuevo curso, una nueva gracia

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Con el corazón lleno de gratitud y esperanza, me dirijo a todos vosotros al comenzar este nuevo curso pastoral. Lo hago como pastor que camina con su pueblo, como hermano que comparte la fe, como discípulo que escucha al Espíritu. Esta carta quiere ser una palabra de aliento, una invitación a la renovación, un impulso para la misión. Porque cada curso que comienza no es solo una etapa administrativa o un calendario que se pone en marcha: es una nueva gracia que Dios nos concede, una oportunidad para crecer en santidad, en comunión y en servicio.



Creemos, anunciamos, servimos

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Con profundo sentimiento de afecto y gratitud, quiero hacer memoria del papa Francisco, cuya partida ha dejado una huella imborrable en el corazón de la Iglesia. Su pontificado fue testimonio vivo de una fe encarnada en la misericordia, la cercanía con los pobres y el impulso renovador del Evangelio. En estos meses de duelo y esperanza, hemos contemplado con reverencia el misterio de la sucesión apostólica, que en la sede de Pedro se manifiesta como signo de unidad y continuidad. Damos la bienvenida con filial afecto al nuevo sucesor del apóstol San Pedro, el papa León XIV, cuya elección ha sido recibida con gozo por el Pueblo de Dios. Que el Espíritu Santo lo fortalezca en su misión de guiar a la Iglesia con sabiduría, humildad y valentía, y que nosotros, como Diócesis, lo acompañemos con oración constante y obediencia amorosa.

Antes de mirar hacia adelante, quiero detenerme brevemente en el camino recorrido. Doy gracias a Dios por todo lo vivido en nuestra Diócesis en los últimos años. Han sido tiempos marcados por desafíos, por aprendizajes, por signos de vida. Hemos atravesado juntos la pandemia, con sus heridas y sus enseñanzas. Hemos redescubierto la importancia de la cercanía, la comunidad, y la oración compartida. Hemos iniciado procesos de renovación pastoral, formación y misión. Hemos escuchado la voz de los jóvenes, de las familias, de los consagrados, de los laicos comprometidos. Hemos celebrado con alegría la fe, y también hemos llorado con esperanza a quienes nos han precedido.

Todo esto es motivo de acción de gracias. Porque Dios ha estado presente en medio de nosotros. Porque su Espíritu ha sostenido nuestra debilidad. Porque su Palabra ha iluminado nuestros pasos. Porque su misericordia ha sanado nuestras heridas. Y porque, a pesar de nuestras limitaciones, hemos querido ser fieles al Evangelio. Por eso, al comenzar este nuevo curso, os invito a mirar el pasado con gratitud, el presente con compromiso y el futuro con esperanza.

Este curso pastoral que ahora iniciamos es, ante todo, una llamada a la renovación. No se trata de repetir lo de siempre, ni de mantener lo que funciona. Se trata de abrirnos a lo nuevo que el Espíritu quiere suscitar. Se trata de dejarnos transformar por la gracia, de escuchar con atención, de discernir con valentía. Vivimos en un tiempo que exige una

Introducción

Un nuevo curso, una nueva gracia

Iglesia más evangélica, más cercana, más misionera. Una Iglesia que no se encierra en sus estructuras, sino que sale al encuentro. Una Iglesia que no se conforma con conservar, sino que se atreve a anunciar.

Por eso, os invito a vivir este curso como un tiempo de renovación espiritual y misionera. Que cada parroquia, comunidad, grupo y familia se pregunte: ¿qué nos pide el Señor hoy? ¿Cómo podemos crecer en santidad, comunión y misión? ¿Qué pasos de conversión estamos llamados a dar? No tengamos miedo de cambiar, de revisar, de comenzar de nuevo. Porque la renovación no es ruptura, sino fidelidad creativa. Es volver al Evangelio con nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión.

Esta llamada a la renovación no es solo personal o local. Está en sintonía con el contexto eclesial más amplio que vivimos. El año 2025 es un año jubilar, convocado por el papa Francisco como “Jubileo de la Esperanza”. Está siendo una ocasión para redescubrir la misericordia de Dios, renovar la fe, y fortalecer la comunión. Nuestra Diócesis quiere sumarse con entusiasmo a este camino, preparando el corazón y la vida para acoger la gracia jubilar.

Además, el año 2025 marca dos aniversarios de gran significado eclesial. Por un lado, se han cumplido 1700 años del Concilio de Nicea, celebrado en el año 325. Aquel Concilio fue un momento decisivo para la fe cristiana, donde se proclamó con claridad la divinidad de Cristo, se reafirmó la unidad de la Iglesia y se establecieron fundamentos doctrinales que aún hoy nos sostienen. Recordar Nicea es volver a las raíces, para renovar nuestra adhesión al Credo que profesamos, y fortalecer nuestra comunión con la Iglesia universal, así como con las demás Iglesias cristianas.

Por otro lado, se celebrarán los 50 años de la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, publicada por san Pablo VI en 1975. Este documento sigue siendo, medio siglo después, una referencia luminosa para la evangelización. En él se nos recuerda que “la Iglesia existe para evangelizar”, que el anuncio del Evangelio es su tarea principal, que la fe se transmite por el testimonio, por la palabra, por la vida. *Evangelii nuntiandi* nos invita a ser una Iglesia apasionada por Cristo, cercana



Creemos, anunciamos, servimos

Carta pastoral del Obispo de Getafe

a los hombres, fiel al Espíritu. Queremos leer esta carta, que ha sido considerada como “la carta magna de la evangelización en el mundo contemporáneo”, a la luz de la lectura actualizada de la misma que quiso hacer el papa Francisco en la Exhortación apostólica que marca las líneas de su pontificado, *Evangelii gaudium* (2013).

Estos tres acontecimientos —el Jubileo, el aniversario de Nicea y el medio siglo de *Evangelii nuntiandi*— nos ofrecen un marco providencial para vivir este curso con profundidad espiritual y con impulso misionero. No son simples efemérides. Son llamadas del Espíritu. Son signos de los tiempos. Son oportunidades de renovación de la vida cristiana.

A esto, y en nuestra Diócesis, se une el comienzo de un nuevo Plan de Evangelización que hemos venido elaborando en un ambiente y con un método sinodal y que marcará la acción pastoral en nuestra Diócesis.

Por eso, esta carta pastoral quiere ser una contribución humilde a ese camino. No pretende ofrecer soluciones mágicas ni recetas infalibles. Pretende, más bien, compartir una visión, una esperanza, una invitación. A lo largo de sus capítulos, reflexionaremos sobre el anuncio del Evangelio, sobre el servicio pastoral, el diálogo con la cultura, y sobre la sinodalidad como estilo eclesial. Lo haremos desde nuestra realidad diocesana, con sus luces y sus sombras, con sus desafíos y sus posibilidades.

Pero, sobre todo, lo haremos con fe. Con la certeza de que Dios nos llama, que somos acompañados y enviados. Con la convicción de que el Espíritu sigue actuando en su Iglesia. Con la esperanza de que, si somos fieles, veremos frutos de vida nueva. Porque “quien tenga sed, que venga. Y quien quiera, que tome el agua de la vida gratuitamente” (Ap 22,17).

Que este nuevo curso sea, para todos nosotros, una nueva gracia. Que lo vivamos con alegría, con entrega, y en comunión. Que nos dejemos renovar por el Espíritu, enviados por Cristo, y sostenidos por el Padre. Y que María, Madre de la Iglesia y Estrella de la Evangelización, nos acompañe en este camino.



Capítulo I

“Creemos”

El credo de Nicea, 1700 años después

Este año celebramos una efemérides eclesial e histórica que no debemos dejar pasar inadvertida. Me refiero a los 1700 años del Concilio ecuménico de Nicea (a. 325). Os invito a recordar lo que ocurrió en ese Concilio y en ese momento de la historia de la Iglesia y de la humanidad.

El papa Francisco al convocar el Año Santo por la bula, *Spes non confundit*, se expresaba así respecto al aniversario del primer Concilio ecuménico de la historia: “El Concilio de Nicea marcó un hito en la historia de la Iglesia. La conmemoración de esa fecha invita a los cristianos a unirse en la alabanza y el agradecimiento a la Santísima Trinidad y en particular a Jesucristo, el Hijo de Dios, «de la misma naturaleza del Padre», que nos ha revelado semejante misterio de amor” (n. 17)



1. El Concilio de Nicea: Un acontecimiento antiguo con resonancias actuales

Cuando en el año 325 el emperador Constantino convocó a los obispos de Oriente y Occidente en la ciudad de Nicea, no lo hizo simplemente para resolver un desacuerdo teológico, sino para preservar la paz y la unidad de un cristianismo que ya era reconocido como religión del Imperio. Pero lo que allí ocurrió superó con creces cualquier cálculo político: se definió con solemne claridad la divinidad de Jesucristo y se formuló el primer gran “Símbolo de la fe” de carácter universal, el Credo que aún hoy seguimos proclamando.

A primera vista, podría parecer que aquel Concilio pertenece a una época muy distinta a la nuestra, marcada por contextos y preocupaciones totalmente ajenos a los del siglo XXI. Sin embargo, una mirada más profunda revela que **Nicea habla todavía hoy**, y que su testimonio resuena con fuerza profética en medio de los desafíos que enfrenta la Iglesia actual.

2. Nicea y la necesidad de claridad en la fe

El Concilio nació como respuesta a la crisis doctrinal provocada por Arrio, que negaba la divinidad plena del Hijo. En un momento en el que muchos cristianos se dejaban confundir por fórmulas ambiguas, la Iglesia discernió y afirmó, con palabras inquebrantables, que Jesucristo es Dios verdadero.

Hoy vivimos en una cultura que valora lo difuso, que desconfía de toda afirmación categórica y considera sospechosa cualquier verdad universal. En este contexto, proclamar con sencillez y profundidad quién es Cristo se vuelve un acto contracultural. Necesitamos, como en el siglo IV, la valentía de confesar una fe clara, no agresiva pero sí firme, que no se diluya en un relativismo paralizante.

Nicea nos recuerda que la caridad no está reñida con la verdad. La unidad eclesial no se construye sobre vaguedades, sino sobre una fe común compartida, reflexionada, rezada y vivida.

3. Un Concilio para la comunión

Otra gran lección de Nicea es su dimensión eclesial: fue el primer Concilio verdaderamente ecuménico, en el sentido de que reunió a representantes de todas las Iglesias locales. No fue una declaración de unos pocos, sino el fruto del discernimiento común, guiado por el Espíritu Santo. Y su resultado no fue una imposición, sino una afirmación gozosa de la fe recibida.

En una Iglesia marcada hoy por tensiones internas y por la fragmentación doctrinal en algunos sectores, recordar el espíritu de Nicea se vuelve esencial. El Credo no es simplemente una “fórmula antigua”, sino el acto coral con el que la Iglesia entera proclama su identidad más profunda. En cada Misa, cuando decimos “creemos”, retomamos aquella voz común que, desde hace 1700 años, atraviesa generaciones y culturas.

Más aún: ese mismo símbolo de la fe ha sido, a lo largo de los siglos, un punto de encuentro ecuménico con otras confesiones cristianas. Anglicanos, ortodoxos, algunas comunidades reformadas: todos reconocen en el Credo de Nicea una herencia compartida. En un mundo que clama por la unidad, el espíritu de Nicea sigue ofreciendo una base común para el diálogo sincero.

Por eso, no está de más detenernos y reflexionar sobre la fe: ¿creemos?, ¿qué creemos?, ¿en quién creemos?

4. El Credo como palabra viva: no solo lo que creemos, sino en quién creemos

La palabra “Credo” no inaugura una lista de proposiciones abstractas, sino que es una confesión profundamente personal y eclesial: *Creemos*. Esta sencilla afirmación nos ancla en una larga cadena de fe que se remonta a los Apóstoles y que ha sido proclamada ininterrumpidamente por la Iglesia durante dos milenios. Pero en Nicea, hace 1700 años, ese “creemos” adquirió una densidad nueva, necesaria, casi dramática.



Creemos, anunciamos, servimos

Carta pastoral del Obispo de Getafe

La Asamblea de Nicea, como hemos apuntado, no fue un simposio filosófico ni una asamblea parlamentaria: fue una respuesta eclesial a una crisis profunda sobre la identidad de Jesucristo. ¿Es verdaderamente Dios? ¿Es una criatura excelsa o el Hijo eterno del Padre? La Iglesia, con la guía del Espíritu, respondió con claridad: *“Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero”*. No se trató de una concesión, sino de un acto de fidelidad. Se confesó lo que se había creído siempre, lo que se vivía en la liturgia, y que transformó las vidas de los mártires.

Hoy, ese mismo Credo sigue siendo palabra viva. Cuando decimos “creemos”, no hablamos simplemente de ideas compartidas, sino de una comunión que nos trasciende: creemos en Dios, no como construcción cultural, sino como Presencia real. La fe trinitaria no es un adorno del dogma, sino el corazón mismo del Evangelio.

5. Unidad: el “Creemos” como acto de comunión

El Credo nos enseña que la fe no es una experiencia puramente individual. No decimos “yo creo en mi verdad”, sino “creemos” en la Verdad que se nos ha revelado. Esta dimensión comunitaria cobra un valor inmenso hoy, cuando el individualismo radical se filtra incluso en la vida espiritual.

Cuando rezamos el Credo, nos unimos a millones de hermanos y hermanas en la Iglesia universal. Cada palabra pronunciada tiene eco en la eternidad, como una sinfonía que nos incluye, pero no nos pertenece. Es el Pueblo de Dios el que cree. El “símbolo de la fe”, como también se le llama, es más que una definición: es una señal de unidad, de pertenencia mutua. Nos sabemos hermanos no por afinidad emocional, sino porque confesamos juntos a un único Señor.

Nicea fue, en este sentido, un acto de comunión. El enfrentamiento con la herejía arriana no fue motivado por deseo de exclusión, sino por la necesidad de salvaguardar el núcleo de la fe que nos une. Porque si Cristo no es verdaderamente Dios, nuestra redención queda vacía. Y si la redención no es real, la comunión se convierte en ficción.

6. Verdad: firmeza en medio de la ambigüedad

Uno de los grandes logros del Concilio de Nicea fue la claridad doctrinal. En un tiempo donde abundaban interpretaciones ambiguas sobre Cristo, la Iglesia discernió la verdad revelada: que el Hijo es consustancial con el Padre, de la misma naturaleza divina.

Hoy no nos asedian las mismas herejías, pero sí otros relativismos. Se dice con frecuencia que toda creencia es igualmente válida, que la fe es un sentimiento interior sin implicaciones objetivas. Frente a esto, el Credo se alza como una roca. No afirma lo que se siente, sino lo que se ha revelado; no recoge impresiones, sino proclamaciones. Esta verdad no es una imposición externa, sino una luz interna que libera.

La verdad del Credo no encadena, sino que nos sitúa en la realidad última del ser. Conocer a Dios como Padre, a Cristo como Salvador, al Espíritu como vida de la Iglesia, es entrar en la lógica del amor eterno. No hay verdad más transformadora que esta.

7. Belleza: el Credo como liturgia del corazón

A menudo subestimamos la dimensión estética de la fe. Pero el Credo, en su formulación antigua, tiene la belleza de lo eterno. Sus frases —breves, equilibradas, solemnes— fueron pensadas no solo para convencer, sino para ser cantadas, meditadas, saboreadas. "Engendrado, no creado", "por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo", "esperamos la resurrección de los muertos": son expresiones cargadas de poética y teología, que tocan el alma antes que la mente.

La belleza del Credo no reside en su ornamentación, sino en su concentración. Cada palabra ha sido cribada por siglos de oración. Por eso resiste el paso del tiempo. Mientras los discursos del mundo envejecen, el Credo se renueva. Es palabra siempre joven, himno siempre nuevo.



8. Oración, catequesis y testimonio: tres rostros del mismo misterio

Decir el Credo es rezar, aprender y testimoniar. Estas tres dimensiones no están separadas, sino que se entrelazan en cada cristiano que lo profesa con corazón sincero.

- **Oración:** Cuando se proclama en la Eucaristía, el Credo nos sitúa ante el misterio. No lo rezamos para entenderlo todo, sino para rendirnos en adoración.
- **Catequesis:** Enseñar el Credo es enseñar el corazón de la fe. En tiempos de fragmentación doctrinal, urge volver a este compendio teológico que sigue siendo el mejor mapa para el alma.
- **Testimonio:** Proclamar el Credo hoy, en una cultura de incredulidad, es un acto profético. Cada vez que alguien dice “creo en la resurrección de los muertos”, desafía al nihilismo. Cada vez que se proclama “creo en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica”, se desafía a la lógica de la autosuficiencia.

9. Nicea y la centralidad del misterio trinitario

Pero el Concilio de Nicea no se limitó a una aclaración cristológica. Su legado más duradero fue colocar en el centro de la fe cristiana el misterio trinitario: Dios no es una soledad absoluta, sino comunión eterna de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Este misterio tiene implicaciones no solo teológicas, sino existenciales. Nos interpela profundamente en un mundo marcado por la ruptura de vínculos, por la desconfianza y por el aislamiento. Si Dios mismo es relación, entonces estamos hechos para la comunión. Si confesamos que el Hijo es “consustancial al Padre”, entonces todo en nuestra vida —la familia, la sociedad, la Iglesia— está llamado a reflejar esa unidad sin confusión y esa diferencia sin división.

Redescubrir la fe trinitaria es descubrir también que la Iglesia no es una asociación voluntaria de creyentes, sino una prolongación del dinamismo del amor trinitario. Y que cada uno de nosotros, por el Bautismo, ha sido sumergido en ese misterio de unidad y don recíproco.

10. La actualidad profética del Credo

El Credo nacido en Nicea no es una pieza de museo. Es una confesión viva, que conserva intacta su potencia evangelizadora. En una época donde muchos sienten desconfianza hacia la Iglesia, quizás el camino no pase por inventar nuevas fórmulas, sino por volver a proclamar con fervor lo esencial: que Jesucristo es el Hijo de Dios, que murió y resucitó por nosotros, que el Espíritu Santo es Señor y dador de vida, que la Iglesia es santa pese a los pecados de sus miembros, que esperamos una vida eterna.

Confesar esto con convicción, con humildad y con alegría, es dar al mundo el testimonio que más necesita: que hay una esperanza que no decepciona, una luz que no se apaga.

Estoy convencido de que los jóvenes de hoy pueden encontrar en este Concilio de Nicea un lenguaje claro y profundo que responde a sus preguntas más existenciales; las familias lo pueden reconocer y acoger como herencia preciosa que se transmite de generación en generación; y los catequistas y evangelizadores pueden descubrir en sus líneas una síntesis magnífica del Evangelio.

Nicea no pertenece solo a los libros de historia, sino que vive en cada parroquia, en cada comunidad, en cada creyente que proclama con sinceridad: "Creo en un solo Señor, Jesucristo".

El aniversario de este Concilio es un momento precioso para volver a hacernos una pregunta que está en el corazón de todos, en el corazón de la Iglesia.



Capítulo II

“Anunciamos”

Evangelii nuntiandi, 50 años después

Al hablar de la profesión de la fe que la Iglesia ha recibido con el mandato de anunciarla a todos los hombres, lo que ha hecho a lo largo de la historia, viene a nosotros otra efeméride que celebramos este año, los cincuenta años de la publicación de la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* de san Pablo VI. Este recuerdo se convierte también en una oportunidad para detenernos en las enseñanzas de este documento del magisterio de la Iglesia contemporánea, invitación a redescubrir la pasión por anunciar el Evangelio. En un tiempo marcado por profundos cambios culturales, sociales y espirituales, la voz profética de san Pablo VI resuena con una actualidad sorprendente. “Anunciamos” —como afirma el título de esta carta— no es solo una declaración, sino una llamada a la acción, una reafirmación de nuestra identidad como Iglesia.



1. Relectura del texto profético de *Evangelii nuntiandi*.

La Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, publicada el 8 de diciembre de 1975, fue fruto del Sínodo de los Obispos sobre la evangelización en el mundo contemporáneo. San Pablo VI, con lucidez y profundidad espiritual, ofreció una síntesis magistral de lo que significa evangelizar en medio de los desafíos de la modernidad. El documento no solo recoge las preocupaciones del momento, sino que anticipa muchos de los retos que enfrentamos hoy.

Una de las expresiones más conocidas de esta Exhortación dice: “Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar.” (n. 14). Esta frase, que ha sido repetida innumerables veces, no ha perdido ni un ápice de su fuerza. La Iglesia no es una institución cerrada sobre sí misma, ni una mera gestora de lo sagrado. Es, ante todo, una comunidad enviada, una familia de discípulos misioneros.

San Pablo VI también nos recuerda que el anuncio del Evangelio no se limita a la transmisión de doctrinas, sino que implica la comunicación de una experiencia viva: el encuentro con Jesucristo. Evangelizar es hacer presente a Cristo en los corazones, las culturas, los distintos ambientes, y en las estructuras sociales. Es sembrar esperanza donde reina la desesperanza, luz donde hay oscuridad, vida donde todo parece estancado.

2. La Iglesia existe para evangelizar: testimonio, anuncio, comunión y servicio.

La evangelización, como bien señala *Evangelii nuntiandi*, no es una tarea reservada a unos pocos especialistas. Es la misión de todo el Pueblo de Dios. Cada bautizado está llamado a ser testigo del Evangelio en su entorno y vida cotidiana, en su familia, en su trabajo, en sus relaciones cotidianas.

La evangelización se articula en cuatro dimensiones fundamentales:

- **Testimonio:** Antes que las palabras, está la vida. El testimonio coherente de los cristianos es el primer anuncio. En un mundo que sospecha de los discursos, la autenticidad es el lenguaje más convincente.
- **Anuncio:** El kerigma, el anuncio explícito de Jesucristo muerto y resucitado, es el corazón de la evangelización. No podemos contentarnos con una fe silenciosa o privada. El mundo necesita escuchar que Dios ama, salva y transforma.
- **Comunión:** La evangelización genera comunidad. No se trata de sumar adeptos, sino de formar una Iglesia viva, donde la fraternidad, la acogida y la unidad sean signos del Reino.
- **Servicio:** El amor hecho obras es evangelización. La caridad, especialmente hacia los pobres y marginados, es una forma privilegiada de anunciar el Evangelio. La Iglesia evangeliza cuando sirve, cuando se inclina, cuando se hace prójimo.

3. Desafíos actuales: secularización, indiferencia, nuevas culturas urbanas.

Cincuenta años después de *Evangelii nuntiandi*, el contexto ha cambiado profundamente. Vivimos en una sociedad marcada por la secularización, donde Dios ha sido desplazado del horizonte de sentido. La indiferencia religiosa, más que la oposición abierta, es el rostro más común del alejamiento de la fe. Muchos viven como si Dios no existiera, no por rechazo, sino por olvido, por la propia organización de la vida moderna que impide mirar más allá de lo que se hace mecánicamente cada día.

Las nuevas culturas urbanas, con sus ritmos acelerados, sus lenguajes digitales y sus formas de relación fragmentadas, plantean un desafío inédito. La ciudad se ha convertido en el lugar por excelencia de la misión. En ella conviven la soledad y la búsqueda espiritual, el ruido y el deseo de trascendencia. Evangelizar en este contexto requiere una mirada nueva, capacidad de escucha y creatividad pastoral.



Creemos, anunciamos, servimos

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Sin embargo, quiero decir una palabra sobre la evangelización en nuestras zonas rurales, que en muchos aspectos no son diferentes de las urbanas debido a los modernos medios de comunicación social, que no solo acercan, sino que unifican criterios y modos de vida. La evangelización de las zonas rurales requiere también una nueva imaginación pastoral que no los aisle y responda a las características propias, a la identidad de los lugares, la relación personal y directa, y el hecho insustituible de la piedad popular.

Además, nos enfrentamos a una crisis de sentido. Muchos jóvenes, y no tan jóvenes, viven sin saber para qué viven. La fe cristiana, lejos de ser una carga, puede ser la respuesta que ilumine sus preguntas más profundas. Pero para ello, debemos salir de nuestros esquemas, abandonar la comodidad y atrevernos a dialogar con las realidades concretas de nuestro tiempo.

4. Llamada a una evangelización inculturada, alegre y valiente.

Ante estos desafíos, la respuesta no puede ser el miedo ni el repliegue. La evangelización hoy exige audacia, alegría y encarnación. Como nos recuerda el papa Francisco en *Evangelii gaudium*, “la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús” (n.1).

- **Inculturada:** Evangelizar no es imponer, sino proponer. Es entrar en diálogo con las culturas, comprender sus símbolos, sus lenguajes, sus estilos. La fe debe hacerse carne en cada contexto, sin perder su esencia. Esto exige formación, sensibilidad y apertura.
- **Alegre:** El cristiano triste no evangeliza. Nuestra misión nace de la experiencia de haber sido amados por Dios. Esa alegría, que no depende de las circunstancias, es el mejor testimonio. En medio de las dificultades, podemos irradiar esperanza.
- **Valiente:** No podemos callar por miedo al rechazo. El mundo necesita profetas, testigos que hablen con libertad y amor. La valentía no es agresividad, sino firmeza en la verdad. Evangelizar es también denunciar las injusticias, defender la vida, promover la dignidad humana.

5. El espíritu de la evangelización.

El papa san Pablo VI, dedica el último de los capítulos de su Exhortación apostólica al espíritu de la evangelización, recordándonos la importancia de las actitudes interiores de todo evangelizador. Por eso es necesario grabar en nuestra alma que, "no habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo" (n. 75). El verdadero sujeto y agente de toda evangelización es el Espíritu, sin Él haríamos propaganda, pero no evangelización. Las técnicas de la evangelización son buenas, pero no pueden sustituir el principio interior que nos guía.

El Espíritu Santo ha guiado a la Iglesia a lo largo de la historia y la ha hecho crecer; también hoy. "Él es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por Él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado" (Ibid).

Para la tarea del Espíritu, para la evangelización, son necesarios testigos, testigos creíbles, así lo recuerda en su conocida expresión el papa Montini: "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio" (n. 41). Y es que nuestros contemporáneos buscan en todo, autenticidad. El Papa lanzaba ya entonces unos interrogantes que bien nos pueden servir hoy a la hora de revisar nuestra evangelización. "Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación. Sin andar con rodeos, podemos decir que en cierta medida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos" (n. 76). En definitiva, el mundo nos está pidiendo que le hablemos de Dios, de un Dios al que conocemos y tratamos. Nos piden el testimonio de la santidad de vida.



Creemos, anunciamos, servimos Carta pastoral del Obispo de Getafe

Hoy, en muchos ambientes de la sociedad, incluso de la misma Iglesia, se pone en cuestión el hecho de una evangelización explícita en nombre de la libertad religiosa o de la conciencia. Si alguien ya profesa una religión, o actúa según su conciencia, ¿hemos de anunciarle a Jesucristo?, ¿va contra la libertad del otro hablarle de Jesús Salvador? Busquemos la respuesta de *Evangelii nuntiandi*: “Sería ciertamente un error imponer cualquier cosa a la conciencia de nuestros hermanos. Pero proponer a esa conciencia la verdad evangélica y la salvación ofrecida por Jesucristo, con plena claridad y con absoluto respeto hacia las opciones libres que luego pueda hacer —sin coacciones, solicitudes menos rectas o estímulos indebidos—, lejos de ser un atentado contra la libertad religiosa, es un homenaje a esta libertad, a la cual se ofrece la elección de un camino que incluso los no creyentes juzgan noble y exaltante. O, ¿puede ser un crimen contra la libertad ajena proclamar con alegría la Buena Nueva conocida gracias a la misericordia del Señor? O, ¿por qué únicamente la mentira y el error, la degradación y la pornografía han de tener derecho a ser propuestas y, por desgracia, incluso impuestas con frecuencia por una propaganda destructiva difundida mediante los medios de comunicación social, por la tolerancia legal, por el miedo de los buenos y la audacia de los malos? Este modo respetuoso de proponer la verdad de Cristo y de su reino, más que un derecho es un deber del evangelizador. Y es a la vez un derecho de sus hermanos recibir a través de él, el anuncio de la Buena Nueva de la salvación” (n. 80). La evangelización es, en definitiva, un acto de verdad y de amor.

Terminemos con dos textos de la misma Exhortación apostólica que son una llamada renovada a la misión para la Iglesia de hoy, para nuestra Diócesis y para cada uno de nosotros. “Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas (...). Y ojalá que el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo” (n. 80).

“¡Ay de mí si no evangelizo!”

Queridos hermanos y hermanas, la evangelización no es una opción entre otras. Es nuestra vocación. Como decía san Pablo: ¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio! (1 Cor 9,16). En este aniversario de *Evangelii nuntiandi*, renovemos nuestro compromiso misionero. Que cada parroquia, comunidad; que cada familia, se sienta llamada a anunciar a Jesucristo, su vida, su amor por nosotros. Anunciamos a un Cristo real, vivo, joven, un Cristo que cambia la vida y el corazón de los hombres, el rumbo de la vida.

No estamos solos. El Espíritu Santo nos precede, nos acompaña y nos impulsa. La Virgen María, estrella de la evangelización, nos guía con ternura. Que ella nos enseñe a decir “sí” como en Nazaret, para que Cristo nazca en los corazones de nuestros contemporáneos.



Capítulo III

“Servimos”

El nuevo Plan de Evangelización Diocesano (2025-2029)

Después de haber contemplado el misterio del anuncio, que brota del corazón mismo de Cristo y se prolonga en la vida de la Iglesia, deseo ahora compartir con vosotros el horizonte pastoral que nos convoca en este tiempo concreto de nuestra Diócesis. Bajo el verbo “Servimos”, quiero expresar no solo una actitud, sino una decisión: la de ponernos al servicio del Evangelio, de la comunidad eclesial y del mundo que nos rodea. Servir es amar con obras. Servir es encarnar el Evangelio en gestos concretos. Servir es evangelizar desde la humildad, la cercanía y la compasión.



Creemos, anunciamos, servimos

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Este nuevo Plan de Evangelización Diocesano, que abarcará cuatro años de nuestra vida diocesana, no nace de la improvisación ni de la mera planificación técnica. Es fruto de un discernimiento comunitario, de la escucha de las parroquias, y otras realidades diocesanas. Es también continuidad de lo vivido en años anteriores, con los planes de evangelización, “Así también os envío yo” (2019-2023), “Si conocieras el don de Dios” (2023-2025) sin olvidar en este contexto el hecho de la pandemia, que nos obligó a repensar nuestras formas de presencia, anuncio y acompañamiento. Aquella etapa nos enseñó que la Iglesia no puede encerrarse en sí misma, que necesita estar cerca, ser creativa, y, sobre todo, ser fiel al Evangelio en medio de la incertidumbre.

Ahora, en este nuevo tiempo, queremos dar un paso más. No se trata solo de recuperar lo que se perdió, sino de abrirnos a lo que el Espíritu nos está suscitando. Este plan quiere ser una respuesta a la llamada del Señor: “Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio” (Mc 16,15). Pero también quiere ser una expresión de nuestra identidad como Iglesia diocesana: una comunidad que sirve, acompaña, forma, que sale al encuentro, cura las heridas, y anuncia con alegría.

El plan se articula en torno al Misterio de la comunión que nos fundamenta, nos identifica, y nos pone al servicio de la misión y de la caridad; sabemos que esta comunión es como un río de gracia profundo que surge de la fuente del Bautismo, y se expresa en el camino que hacemos juntos como Iglesia, en la proclamación y el anuncio de la Palabra, en la celebración de los misterios de Cristo, y en nuestra fraternidad-caridad que nos hace Iglesia sinodal.

1. La comunión al servicio de la misión y la caridad.

Nuestra Iglesia diocesana, como la Iglesia entera, está llamada a vivir una comunión que no se encierra en sí misma, sino que se proyecta hacia la misión y el servicio. Esta comunión tiene su raíz en el misterio trinitario, donde el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo viven en perfecta unidad, entregándose mutuamente en amor. Desde esta fuente divina, la Iglesia encuentra su modelo: una comunión misionera que se expresa en el envío y en el servicio concreto a los hermanos.

Capítulo III. “Servimos” **El nuevo Plan de Evangelización Diocesano (2025-2029)**

El Bautismo es la puerta de entrada a esta comunión. Por él, cada cristiano es incorporado al Cuerpo de Cristo y participa de la vida trinitaria. No se trata solo de una pertenencia formal, sino de una vocación profunda a vivir en comunión con Dios y con los demás, y a ser testigo del Evangelio en el mundo. Esta comunión misionera se manifiesta en la diversidad de vocaciones, carismas y ministerios que enriquecen la vida eclesial. La unidad no exige uniformidad, sino apertura a la diversidad, acogida del otro y colaboración fraterna.

Para que esta comunión sea fecunda, es necesaria una conversión relacional. Esto implica pasar de relaciones funcionales o jerárquicas a vínculos fraternos, donde cada uno se reconoce como parte viva de un mismo cuerpo. En este camino, el Obispo desempeña un papel esencial: es principio y garante de la comunión en la Diócesis. Su ministerio se expresa en la cercanía, el acompañamiento y el discernimiento compartido, promoviendo una Iglesia que camina unida.

La relación del Obispo con los presbíteros debe estar marcada por la fraternidad sacerdotal, el respeto mutuo y la corresponsabilidad en la misión. Los presbíteros, como colaboradores del Obispo, están llamados a vivir en comunión entre ellos y con el Pueblo de Dios, cultivando una espiritualidad de servicio y entrega.

Es evidente que, en la comunidad eclesial, los laicos constituyen la mayoría del Pueblo de Dios, pero su misión no está determinada por el número, sino también por su vocación y misión específicas. El Obispo, junto con su Presbiterio, ha de fomentar su protagonismo, reconociendo su vocación bautismal y su capacidad de liderazgo en la vida eclesial. La comunión exige que los laicos sean escuchados, formados y acompañados en su misión evangelizadora.

He de decir una palabra agradecida a los consagrados que, con la riqueza de sus carismas y la belleza de su misión, tantas veces en la vanguardia de la Iglesia y del mundo, forman parte indispensable de la vida de nuestra Iglesia diocesana.

Toda la comunidad, y de esto ha de ser garante el Obispo, debe cultivar una relación de estima y colaboración, valorando su testimonio profético y su entrega radical al Reino.



2. La comunión misionera en una Iglesia sinodal.

Esta comunión misionera encuentra su expresión más plena en una Iglesia sinodal, donde todos los miembros del Pueblo de Dios caminan juntos, escuchan al Espíritu y disciernen en común. La sinodalidad no es una estrategia pastoral, sino una forma de ser Iglesia, enraizada en el Evangelio y en la tradición viva. Supone una conversión personal y comunitaria, una apertura a la escucha y una disposición al discernimiento compartido.

Los consejos diocesanos, arciprestales y parroquiales, como expresión del ser sinodal, son espacios privilegiados para vivir este camino juntos. En ellos se hace posible el diálogo, la participación y la corresponsabilidad. No son meros órganos consultivos, sino lugares donde se construye la comunión y se impulsa la misión. Es necesario revitalizar estos consejos, dotarlos de formación, acompañamiento y sentido espiritual, para que no se conviertan en estructuras vacías, sino en verdaderos instrumentos de discernimiento comunitario.

La parroquia sigue siendo el ámbito más cercano donde se vive la comunión eclesial. En ella se encuentran personas de distintas edades, culturas y sensibilidades, que comparten la fe y se comprometen en la misión. La parroquia no puede ser solo un lugar de servicios religiosos, sino una comunidad viva, acogedora, evangelizadora y samaritana. Para que sea verdaderamente misionera, debe cultivar la comunión entre todos sus miembros. Esto implica superar el clericalismo, fomentar la participación activa de los laicos, integrar a los jóvenes, acoger a los alejados y promover una pastoral inclusiva. La parroquia debe ser escuela de comunión, donde se aprende a vivir como hermanos, a compartir los dones y a servir con alegría.

Me gusta comprobar en mis visitas a las parroquias que nuestras comunidades son verdaderamente “católicas”. Hermanos y hermanas que vienen de distintos lugares, razas y culturas diversas, siendo una sola familia, un hogar que acoge y que integra. Ese ha de ser nuestro camino de Iglesia.

3. Al servicio de los más pobres.

La comunión misionera se concreta también en el servicio a los más pobres. La caridad no es una actividad opcional, sino el corazón del Evangelio. Una Iglesia que no sirve a los pobres, que no se deja interpelar por su sufrimiento, pierde su credibilidad y su razón de ser. La caridad es expresión de la comunión trinitaria, que se hace cercana, compasiva y solidaria. La Iglesia diocesana está llamada a ser samaritana, a detenerse ante el dolor del otro, a curar sus heridas y a ofrecer esperanza. Esto exige una pastoral social comprometida, una acción caritativa organizada, pero, sobre todo, una actitud de misericordia en cada comunidad. La caridad no se limita a la asistencia, sino que busca la justicia, la dignidad y la transformación de las estructuras que generan exclusión.

“Servimos” no es solo un lema, sino una actitud que define el nuevo Plan de Evangelización. Servimos porque hemos sido amados, llamados y enviados. Servimos desde la comunión, porque solo juntos podemos anunciar el Evangelio. Servimos con caridad, porque el amor es el lenguaje que todos entienden.

4. Algunos temas de especial relevancia para la pastoral de nuestra Iglesia.

Entre los caminos que hemos de seguir hoy en nuestra Iglesia, hay dos a los que quiero referirme especialmente. El primer anuncio y el acompañamiento de los fieles.

4.1. El primer anuncio: volver al corazón del Evangelio

En muchas ocasiones, nuestras acciones pastorales presuponen que las personas ya han recibido el anuncio fundamental del Evangelio. Sin embargo, la realidad nos muestra que muchos cristianos han sido bautizados, pero no han tenido un encuentro personal con Jesucristo; otros, cada vez más, nunca oyeron hablar de Jesucristo, o no tuvieron oportunidad de conocerlo de verdad. El primer anuncio —el kerigma— no es una etapa superada, sino una necesidad permanente. Es el anuncio de que Dios nos



Creemos, anunciamos, servimos

Carta pastoral del Obispo de Getafe

ama, de que Jesucristo ha muerto y resucitado por nosotros, de que está vivo y nos ofrece su salvación.

Este anuncio debe ser claro, directo, alegre, apasionado. No es una clase de teología, ni una exposición doctrinal. Es una proclamación que toca el corazón, que despierta la fe, que transforma la vida. Como decía san Pablo: “No me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (Rm 1,16).

En nuestra Diócesis, queremos que este primer anuncio esté presente en todas las parroquias, en todos los grupos, en todas las iniciativas. Que cada comunidad sea capaz de ofrecer espacios kerigmáticos: retiros, encuentros, misiones populares, celebraciones vivas. Que cada cristiano pueda compartir su testimonio personal, porque el Evangelio se transmite de corazón a corazón. Que utilicemos también los medios digitales, las redes sociales, los lenguajes contemporáneos, para llegar a quienes no se acercan a nuestras Iglesias.

Pero, sobre todo, queremos formar evangelizadores del primer anuncio. Personas que, desde su experiencia de fe, puedan anunciar con convicción y ternura. Catequistas, jóvenes, matrimonios, consagrados y consagradas, sacerdotes: todos estamos llamados a ser heraldos del Evangelio. Porque la fe se fortalece dándola, y el anuncio es el primer acto de amor.

4.2. El acompañamiento: caminar con las personas

Evangelizar no es solo proclamar, sino también caminar junto a las personas. En un mundo fragmentado, acelerado, herido, muchas personas necesitan alguien que les escuche, que les comprenda, que les ayude a discernir. El acompañamiento es una forma de caridad pastoral. Es una manera de encarnar el amor de Dios en la cercanía, en la paciencia, en la escucha.

Jesús mismo nos enseñó esta forma de evangelizar. En el camino de Emaús, no se impuso, no corrigió de inmediato, no juzgó. Caminó con los discípulos, escuchó sus preguntas, iluminó sus corazones, compartió el pan. Ese es el modelo que queremos seguir. Acompañar no es dirigir vidas, sino ayudar a descubrir la acción de Dios en ellas.

Capítulo III. “Servimos” **El nuevo Plan de Evangelización Diocesano (2025-2029)**

Por eso, hemos de formar acompañantes en nuestras comunidades. Personas capaces de escuchar, de discernir y sostener. Queremos que el acompañamiento esté presente en la pastoral juvenil, en la pastoral familiar, en la catequesis, en la vida parroquial. Que cada proceso de iniciación cristiana, cada itinerario vocacional, cada camino de conversión, esté sostenido por una presencia cercana.

También queremos cuidar especialmente la pastoral del duelo, la atención a los enfermos, la escucha de los que sufren. Porque acompañar es también consolar, sostener, abrazar. Es ser presencia de Cristo en medio del dolor. Y eso requiere tiempo, dedicación, formación, pero, sobre todo, amor.

5. Todos implicados: parroquias, movimientos, familias, jóvenes

Este plan no puede ser vivido solo desde la curia o los equipos diocesanos. Necesita la implicación de todos. Cada comunidad, cada grupo, cada familia tiene un papel que desempeñar.

Las parroquias son el corazón de la evangelización. Queremos que cada parroquia se convierta en comunidad evangelizadora, que renueve su pastoral ordinaria con enfoque misionero y catecumenal, que promueva la acogida, la escucha, la cercanía. Que integre la liturgia, la catequesis y la caridad en un proyecto común.

Los movimientos y comunidades son una riqueza carismática. Queremos que se integren en la misión común, que vivan la comunión, que se abran a la evangelización. Que sus carismas sean puestos al servicio de la Iglesia diocesana.

Finalmente, todo el trabajo que hayamos realizado debemos después evaluarlo con un criterio evangélico y eclesial, así lo expresa el documento final del último Sínodo: “El proceso decisional no concluye con la toma de decisiones. Debe ir acompañada y seguida de prácticas de rendición de cuentas y evaluación, en un espíritu de transparencia inspirado en criterios evangélicos” (n. 95).



Capítulo IV

Hablar de Dios hoy: entre el silencio y la sed

En este momento de nuestra reflexión pastoral, deseo detenerme en una cuestión que atraviesa silenciosamente muchas de nuestras preocupaciones, encuentros y búsquedas: ¿cómo hablar de Dios hoy?

Hablar de Dios hoy no es una tarea sencilla, pero quizás nunca lo haya sido. ¿Cómo hablar de Dios en una sociedad líquida, fragmentada, acelerada, y en medio de una secularización creciente, donde Dios ya no es una referencia en la existencia de muchos hombres? ¿Cómo nombrar lo sagrado en medio del ruido, la incertidumbre y la prisa cotidiana? Y sin embargo, ¿no sigue habiendo en muchos corazones una sed profunda, una nostalgia de sentido, una pregunta callada que espera respuesta?



1. Una cultura que ha olvidado su nombre

No podemos ignorar que vivimos en una sociedad secularizada, donde el nombre de Dios ha dejado de ser referencia común. En muchos ámbitos, hablar de Dios se considera irrelevante, incómodo o incluso problemático. La fe ha sido relegada al ámbito privado, y la religión es vista con sospecha o indiferencia. Esta situación no es nueva, pero se ha intensificado en las últimas décadas.

La secularización no es simplemente una pérdida de prácticas religiosas. Es una transformación profunda del imaginario cultural. Dios ya no es el horizonte último de sentido, ni el fundamento de la moral, ni el centro de la vida. En su lugar, se han instalado otros referentes: el individuo, la técnica, el bienestar, el consumo, la autonomía. La pregunta por Dios ha sido sustituida por la búsqueda de soluciones inmediatas, de experiencias intensas, de respuestas funcionales.

Una consecuencia de la secularización es también una pérdida de lenguaje espiritual. Muchas personas ya no saben cómo nombrar lo que sienten, lo que buscan, lo que les duele. El vocabulario religioso ha sido sustituido por términos vagos, emocionales o técnicos. La experiencia de Dios se ha vuelto invisible, aunque no inexistente.

Junto a esta realidad secularizada y secularizante, encontramos también que la realidad está marcada por una paradoja espiritual: por un lado, se constata un silencio creciente sobre Dios en los discursos públicos, en los medios, en la educación, en la cultura dominante. Por otro lado, emerge una sed profunda, a veces inconsciente, de trascendencia, de sentido, de belleza, de comunión. El nombre de Dios ha sido silenciado, pero el corazón humano sigue clamando por Él. Como decía san Agustín: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”.

El papa Francisco nos ha enseñado proféticamente: “Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente” (EG 89). Ciertamente unas palabras proféticas que llevan dentro un desafío evangelizador para todos.

Hoy, más que nunca, necesitamos palabras nuevas y gestos antiguos. Palabras que sanen, no que hieran. Palabras que iluminen, no que impongan. Palabras que inviten a caminar, no que exijan llegar. Y gestos que encarnen ese amor del que hablamos, para que la Palabra no suene vacía. Necesitamos redescubrir el arte de hablar de Dios en nuestro tiempo.

2. Hablar de Dios desde la cercanía

No podemos hablar de Dios como si fuera una idea abstracta o una doctrina estanca. Dios no es un concepto, sino una presencia viva. Y si Dios se ha hecho cercano en Jesucristo, nosotros solo podemos hablar de Él desde la cercanía: la cercanía al otro, la cercanía al dolor, la cercanía a la vida real. ¿Nos atrevemos a escuchar antes de hablar? ¿A compartir antes de convencer?

En un mundo herido por la soledad, hablar de Dios exige ponerse al lado, no por encima. Significa más que explicar, acompañar. Más que enseñar, ofrecer hogar. Como Jesús en el camino de Emaús: caminar con el otro, aunque no nos reconozca al principio, aunque nuestras palabras parezcan no bastar. El diálogo es el nuevo modo de anuncio. Como diría san Pablo VI tenemos que entablar un “coloquio” con la humanidad, con el mundo real, con el hombre de hoy, con lo que vive cada día.

3. Un lenguaje que conecte

Si queremos hablar de Dios en una cultura que ha olvidado su nombre, debemos hacerlo con un lenguaje que sea comprensible, atractivo y verdadero. No basta con repetir fórmulas. Necesitamos traducir el Evangelio en gestos, experiencias, en palabras que toquen el corazón.

El primer lenguaje es el del amor. Dios es amor, y quien ama habla de Él, aunque no lo nombre explícitamente. El amor gratuito, fiel, sacrificado, es el signo más claro de la presencia de Dios. En una sociedad marcada por la soledad, el individualismo y la fragmentación, el amor cristiano es una luz que interroga y provoca a nuestros contemporáneos (cfr. EN, 21). Cuando la Iglesia ama, cuando los cristianos aman, Dios se hace visible.



Creemos, anunciamos, servimos Carta pastoral del Obispo de Getafe

Este amor se expresa en la vida cotidiana: en el cuidado de los enfermos, la acogida del migrante, la escucha del que sufre, la entrega silenciosa de tantos padres, maestros, voluntarios, sacerdotes. No es un amor abstracto, sino encarnado. Y ese amor habla más que mil palabras. Es el lenguaje que todos entienden, porque toca la fibra más profunda del ser humano.

¿Cómo hablar de Dios en un mundo saturado de mensajes, de imágenes, y eslóganes? Tal vez recuperando un lenguaje que conecte, que no sea solo teológico, sino también poético, narrativo, simbólico. Un lenguaje que escuche la cultura, que sepa leer los signos de los tiempos, que tenga el oído afinado a los anhelos del corazón humano.

Jesús hablaba en parábolas. No daba respuestas cerradas, sino que abría caminos. ¿Podemos hoy también narrar a Dios a través de nuestras historias, nuestras heridas, nuestras búsquedas? ¿Podemos permitir que sea Él quien hable a través de nuestras fragilidades? El testimonio humilde vale más que mil argumentos.

4. Comunidades que inspiran

Hablar de Dios hoy no se hace solo desde el púlpito, sino sobre todo desde la vida compartida. Las comunidades cristianas están llamadas a ser faros, no fortalezas; espacios que acojan, no trincheras. ¿Reflejan nuestras comunidades el rostro amable de Dios? ¿Son signos de esperanza en sus barrios, escuelas, trabajos?

La coherencia entre lo que decimos y lo que vivimos es el mensaje más creíble. La alegría de una comunidad que celebra, sirve y se entrega habla con más fuerza que cualquier discurso. Y en un mundo cansado de promesas vacías, la autenticidad es el mejor testimonio.

5. Evangelizar desde la belleza

Como decía Dostoyevski: “La belleza salvará al mundo”. Y esa belleza, cuando es verdadera, remite siempre a Dios.

En una época donde la palabra a veces cansa y la razón se atrinchera, la belleza puede abrir puertas insospechadas. ¿No ha sido siempre el arte, la música, la naturaleza, una vía privilegiada hacia Dios? Es la *vía pulchritudinis* que nos lleva a la Belleza eterna, al Rostro mismo de Dios. Evangelizar no es solo argumentar, sino también suscitar asombro, invitar a contemplar, despertar admiración por la bondad, la verdad y la belleza de la fe.

La liturgia vivida con profundidad, el canto que eleva, la arquitectura que habla del infinito, incluso la atención al detalle en lo cotidiano, todo puede ser lenguaje de Dios. ¿Nos atrevemos a evangelizar con belleza?

6. El Espíritu sigue soplando

No estamos solos. El Espíritu Santo sigue actuando, incluso en medio de nuestras torpezas. No se trata de “salvar” la fe con nuestras estrategias, sino de dejarnos habitar por el fuego de Dios. ¿Confiamos en que es Él quien toca los corazones? ¿Nos dejamos sorprender por sus caminos inesperados?

Hablar de Dios hoy es un acto de esperanza. Es creer que, en medio de tantas voces, aún hay oídos atentos; que detrás de muchas máscaras, hay rostros que buscan; que incluso en el silencio, hay una espera. Y es, sobre todo, una invitación a vivir de tal modo que nuestra vida diga, sin necesidad de muchas palabras: “Dios está aquí”.

Algunos después de leer acerca de cómo hablar de Dios pueden pensar que solo se proponen interrogantes; sin embargo, me mueve a esto la propia experiencia pastoral. Creo que uno de los dramas de nuestro mundo es que no se hace preguntas, por tanto, no está abierto a las respuestas. El hombre es un ser que busca, que se pregunta, solo desde esas preguntas que afectan a la esencia misma de lo humano podremos encontrar una palabra de luz y de sentido. En la respuesta a los grandes interrogantes humanos siempre está Dios y su gracia, como tan bellamente lo ha expresado el Concilio Vaticano II: “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...) El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre.



Creemos, anunciamos, servimos

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado” (GS 22).

7. Entre el silencio y la sed

Hablar de Dios hoy es, ciertamente, un desafío, pero también una oportunidad. Es verdad que vivimos en una sociedad que ha silenciado su nombre, que ha perdido el lenguaje religioso, que ha sustituido la trascendencia por lo inmediato. Pero también es cierto que el corazón humano sigue teniendo sed. Sed de sentido, belleza, y comunión, de eternidad.

Nuestra tarea como Iglesia no es gritar más fuerte, ni encerrarnos en nuestros templos. Es aprender a escuchar esa sed, a discernir sus signos, a responder con amor. Es hablar de Dios con palabras nuevas, con gestos creíbles, con belleza luminosa, con misericordia concreta. Es dejar que la Palabra de Dios nos forme, nos transforme y nos envíe.

Que este nuevo capítulo de nuestro camino diocesano nos anime a ser evangelizadores sensibles, creativos, fieles. Que sepamos hablar de Dios en medio del silencio, y ofrecer el agua viva a quienes tienen sed. Que nuestra Diócesis sea una tierra donde el nombre de Dios vuelva a resonar con fuerza, ternura, y verdad.



Conclusión

1. En una Iglesia sinodal

Al concluir esta carta pastoral, deseo que estas palabras no se queden en una reflexión escrita, sino que se conviertan en impulso de vida, en llamada concreta, en semilla fecunda para nuestra Iglesia diocesana. Hemos recorrido juntos un camino espiritual y pastoral que nos ha llevado a contemplar el misterio del anuncio, del servicio y del diálogo con el mundo. Ahora, en esta conclusión, quiero invitaros a mirar hacia adelante con esperanza, a vivir este nuevo curso eclesial como una oportunidad para crecer en comunión, participación y misión, es decir, para ser verdaderamente una Iglesia sinodal.



Creemos, anunciamos, servimos

Carta pastoral del Obispo de Getafe

La sinodalidad, como ya he expresado en esta carta pastoral, no es una moda ni una estrategia organizativa. Es la forma de ser Iglesia que brota del Evangelio y que se ha hecho especialmente urgente en nuestro tiempo. Ser sinodales significa caminar juntos, escuchar al Espíritu, discernir en comunidad, acoger la diversidad, compartir la misión. Es volver a las raíces apostólicas, donde todos los bautizados eran protagonistas de la vida eclesial, guiados por la Palabra y sostenidos por la caridad.

El papa Francisco nos ha recordado que “el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”. Y ese camino no se recorre en grandes asambleas solamente, sino en la vida cotidiana de nuestras parroquias, movimientos, comunidades, familias. Es ahí donde se juega la verdadera renovación eclesial. Por eso, esta conclusión quiere ser una invitación a vivir el curso que comienza con esperanza renovada, con compromiso pastoral y con apertura al Espíritu.

El papa León XIV, dirigiéndose a la Secretaría General del Sínodo de los Obispos ha dicho: «El legado que nos ha dejado- el papa Francisco-, en mi opinión, es sobre todo esto: que la sinodalidad es un estilo, una actitud que nos ayuda a ser Iglesia promoviendo experiencias auténticas de participación y comunión». Y en la vigilia jubilar con los Movimientos eclesiales, profundiza más en esta visión de la sinodalidad eclesial. “La tarde de mi elección, mirando con conmoción al pueblo de Dios aquí reunido, recordé la palabra “sinodalidad”, que expresa felizmente el modo en el cual el Espíritu modela la Iglesia. En esta palabra resuena el *syn* —que quiere decir *con*— que constituye el secreto de la vida de Dios. Dios no es soledad. Dios es “con” en sí mismo —Padre, Hijo y Espíritu Santo— y es Dios con nosotros. Al mismo tiempo, sinodalidad nos recuerda el camino —*odós*— porque donde está el Espíritu hay movimiento, hay camino. Somos un pueblo en camino. Esta conciencia no nos aleja, sino que nos sumerge en la humanidad, como levadura en la masa, que la fermenta toda (...) Dios ha creado el mundo para que nosotros estuviésemos juntos. “Sinodalidad” es el nombre eclesial de esta conciencia. Es el camino que pide a cada uno reconocer la propia deuda y el propio tesoro, sintiéndose parte de una totalidad, fuera de la cual todo se marchita, incluso el más original de los carismas”.

2. Invitación a vivir el curso en esperanza

La esperanza cristiana no es optimismo ingenuo ni evasión espiritual. Es la certeza de que Dios está presente, actúa, acompaña, transforma. Es la convicción de que, incluso en medio de las dificultades, el Reino de Dios avanza. Es la luz que nos permite mirar el futuro sin miedo, con confianza, con alegría.

Vivimos tiempos complejos. La sociedad cambia rápidamente, la fe se debilita en muchos corazones, las estructuras eclesiales se resienten, el cansancio pastoral se hace sentir. Pero precisamente por eso, necesitamos redescubrir la esperanza como virtud teologal, como don del Espíritu, como fuerza interior que nos sostiene. Porque la Iglesia no vive de sus éxitos, sino de la fidelidad de Dios. Y Él nunca abandona a su pueblo.

Invito a toda la Diócesis a vivir este nuevo curso con esperanza activa. No como espectadores, sino como protagonistas. No como quienes repiten lo de siempre, sino como quienes se abren a lo nuevo. Que cada comunidad cristiana se pregunte: ¿qué nos pide el Señor hoy? ¿Cómo podemos ser más fieles al Evangelio? ¿Qué pasos de conversión, renovación, y misión estamos llamados a dar?

La esperanza se cultiva en la oración, en la escucha de la Palabra, en la vida sacramental, y en la fraternidad. Se alimenta en la contemplación de los signos de Dios en medio de la historia. Se fortalece cuando compartimos la fe, cuando nos apoyamos mutuamente, cuando celebramos juntos. Por eso, os animo a que este curso sea vivido como un tiempo de gracia, como una oportunidad para crecer en comunión y en entrega.

No estamos solos. El Señor camina con nosotros. Su Espíritu nos guía. Su Palabra nos ilumina. Su presencia en la Eucaristía nos sostiene. Y la intercesión de María, nuestra Madre, nos acompaña. Con esta certeza, podemos mirar el futuro con esperanza. Porque “el que ha inaugurado entre vosotros esta buena obra, la llevará adelante” (Flp 1,6).



3. Llamada a la oración, la formación y la misión

Para vivir esta esperanza de manera concreta, quiero proponeros tres caminos que considero fundamentales para nuestra vida diocesana: la oración, la formación y la misión. Son tres pilares que sostienen la sinodalidad, que alimentan la comunión, que impulsan la renovación pastoral.

3.1. La oración: fuente de comunión y discernimiento

La oración es el alma de la Iglesia. Sin oración, todo se convierte en activismo, y se hace rutina y superficialidad. Con oración, todo se transforma en encuentro. La sinodalidad no se construye solo con reuniones y planes, sino con corazones abiertos al Espíritu, con comunidades que oran y celebran juntas, con pastores que escuchan a Dios antes de hablar a los hombres.

Invito a todas las parroquias y comunidades a renovar su vida de oración. Que haya espacios de adoración, de silencio, y de intercesión. Que la liturgia sea vivida con profundidad, belleza, y en una participación activa. Que la oración personal sea cultivada en cada hogar, en cada corazón. Porque solo desde la oración podemos descubrir lo que Dios quiere para su Iglesia.

La oración también nos une. Nos hace sentir parte de un mismo cuerpo. Nos ayuda a superar divisiones, tensiones, incomprensiones. Nos permite mirar al otro con los ojos de Dios. Por eso, os animo a orar unos por otros, a rezar por la Diócesis, por los sacerdotes, por los jóvenes, por las familias, por los enfermos y los mayores, por los pobres, por los alejados. Que la oración sea el hilo invisible que une toda nuestra vida diocesana.

Y en este curso, propongo que cada comunidad elija una intención especial por la que orar: la vocación de los jóvenes, la renovación de la catequesis, la misión en los barrios, la acogida de los migrantes, la santidad de los matrimonios. Que cada oración sea semilla de transformación. Porque “la oración del justo tiene mucho poder” (St 5,16).

3.2. La formación: camino de madurez y participación

La sinodalidad exige formación. No podemos caminar juntos si no sabemos hacia dónde vamos. No podemos discernir si no conocemos la Palabra. No podemos participar si no comprendemos nuestra vocación. Por eso, la formación es un acto de amor a la Iglesia, un servicio a la comunidad, una responsabilidad personal.

Invito a todos los fieles a tomarse en serio la formación cristiana. No como una obligación, sino como una oportunidad. Que cada uno se pregunte: ¿qué necesito aprender para servir mejor? ¿Qué aspectos de la fe debo profundizar? ¿Qué dones puedo desarrollar? Porque la formación no es solo para los catequistas o los sacerdotes. Es para todos los bautizados.

Nuestra Diócesis ofrece muchas posibilidades: escuelas de formación, cursos online, Centro Diocesano de Teología, encuentros, retiros, materiales. Aprovechémoslos. Y también promovamos la formación en las parroquias, en los grupos, en las familias. Que haya espacios donde se estudie la Biblia, el Catecismo, la Doctrina Social, la historia de la Iglesia. Que la formación sea integral: espiritual, doctrinal, pastoral, humana.

La formación también nos capacita para participar activamente en la vida eclesial. Nos ayuda a comprender los procesos, a discernir con criterio, a colaborar con responsabilidad. Nos permite superar el clericalismo y vivir la corresponsabilidad. Porque una Iglesia formada es una Iglesia viva, madura, fecunda.

3.3. La misión: expresión de la sinodalidad en salida

La sinodalidad no se agota en la comunión interna. Se proyecta hacia afuera, hacia la misión. Una Iglesia sinodal es una Iglesia en salida, que no se encierra en sí misma, que no se conforma con conservar, que se lanza a anunciar el Evangelio. Porque la comunión verdadera siempre genera impulso misionero.



Creemos, anunciamos, servimos

Carta pastoral del Obispo de Getafe

Invito a toda la Diócesis a vivir este curso como tiempo de misión. Que cada comunidad se pregunte: ¿a quién estamos llamados a anunciar? ¿Qué periferias debemos visitar? ¿Qué heridas podemos sanar? Que cada parroquia tenga un proyecto misionero concreto: visitar las casas, organizar misiones populares, salir a las plazas, acoger a los alejados.

La misión no es solo para algunos. Es para todos. Cada bautizado es un discípulo misionero. Cada familia puede ser misionera. Cada joven puede anunciar. Cada anciano puede interceder. Cada enfermo puede ofrecer su dolor. La misión tiene muchas formas, pero un solo corazón: el deseo de que todos conozcan a Cristo.

Y en esta misión, debemos ser creativos, audaces, humildes. Debemos aprender a hablar el lenguaje de nuestro tiempo, a utilizar los medios digitales, a dialogar con la cultura. Debemos salir al encuentro, no esperar que vengan. Debemos ser samaritanos, no jueces. Porque el mundo necesita testigos, no estructuras. Necesita amor, no discursos. Necesita esperanza, no condenas.

Queridos hermanos y hermanas, al terminar esta carta pastoral, quiero enviaros con la fuerza del Espíritu, con la ternura de Cristo y con la protección de María. Que este curso sea tiempo de gracia, de renovación, de comunión. Que cada uno se sienta llamado, enviado, sostenido.

Os saludo con afecto y os bendigo de todo corazón.

+ Ginés, Obispo de Getafe

Getafe, 4 de octubre de 2025, memoria de san Francisco de Asís



Diócesis de Getafe